

Una variable en la construcción de la identidad escindida a partir de actitudes y comportamientos contrarios¹

A variable in the construction of split identity based upon attitudes and opposite behaviors

Uma variável na construção da identidade bipartida a partir de atitudes e comportamentos contrários.

Ma. Antonieta Gómez Goyeneche

Resumen

Desde una inquietud teórica literaria acerca de la construcción de la identidad, particularmente escindida en ciertos casos de personajes ficcionales, se discierne una variable en la cual se recurre al procedimiento de la metamorfosis y del doble, respondiendo a aspectos relacionados con sus causas, funciones y procedimientos, bajo la confluencia de ejemplos tanto de la vida real como del mundo literario.

Palabras clave: Identidad escindida, construcción, causas, recursos, funciones, teoría literaria.

Abstract

A variable is constructed starting from a literary concern about the construction of split identity in the case of certain fictional characters. The variable is discerned by appealing to the procedures of metamorphosis and the use of the *doppelganger* to address some aspects related to their motives, functions and procedures under the confluence of examples from both real life and literature.

Key words: Split identity, construction, motives, resources, functions, literary theory.

¹ Este artículo corresponde a una introducción de una investigación finalizada y registrada ante la Vicerrectoría de Investigaciones de la Universidad del Valle (código 24183) bajo el título, *Estrategias y funciones de la imaginación metamórfica en Julio Cortázar y M.C. Escher*.

Resumo

A partir de um questionamento teórico-literário sobre a construção da identidade particularmente bipartida em certos casos de personagens ficcionais, se vislumbra uma variável na qual se recorre ao procedimento da metamorfose e do “doble” respondendo a aspectos relacionados com suas causas, funções e procedimentos, sob a confluência de exemplos tanto da vida real como do mundo literário.

Palavras chave:

Identidade bipartida – construção- causas- recursos- funções – teoria literária

Entre las múltiples vetas de investigación de la teoría literaria, interesa indagar en torno a la construcción de la identidad en los personajes literarios. Llama la atención, entre la diversa gama de posibilidades o variables, ciertos casos de identidades escindidas, dicotómicas, donde, si nos remontamos a sus fuentes, encontramos sorprendentemente confluencias tanto en las motivaciones como en los recursos empleados sintomáticamente en su manifestación, en algunos casos de la vida real y en ejemplificaciones literarias. De tal manera que en la convergencia misma de las motivaciones y de los recursos o estrategias que se presentan en la existencia real y en el arte, se revela la identidad como una construcción donde intervienen, igualmente, las facultades imaginarias del género humano.

De hecho, se presentan casos en los que la psiquis humana apela significativamente al recurso de la metamorfosis y del doble, como expresión de una identidad escindida motivada por una acentuada dificultad asimilativa de actitudes, estados emocionales y comportamientos contrarios, de sí mismo o de otra persona, como constituyentes de un todo unitario, ambivalente y ambiguo, en un mismo haz individual.

Ante esta dificultad de asimilación, surgida en el enfrentamiento de opuestos positivos y negativos, precisamente confrontados en una misma personalidad, algunos individuos *solucionan* este hecho interpretando

que las cualidades encomiables de sí mismo o de otros responden a un *verdadero-yo*; mientras que sus contravalores o estados y reacciones negativas indican un *falso-yo* identitario.

Dado que bajo esta apreciación resulta inadmisibile la simultaneidad de calificativos o estados anímicos contrarios en una sola unidad de tipo conjuntivo, el individuo escinde en *dos personas físicas* los atributos opuestos de sí mismo o de otros; una personificación, generalmente identificada con el cuerpo originario, contiene exclusivamente las cualidades positivas que estima como el *verdadero-yo* identitario, y otra personificación, generalmente fabulada, en la que condensa lo que considera como contravalores, y que califica como un *falso-yo*.

Una percepción metamórfica viene a acontecer en múltiples casos, cuando se da el cambio en el humor o en el estado anímico del sujeto: en realidad es una transformación que acontece a niveles psicológicos en el comportamiento circunstancial, pero que en ciertas oportunidades se imagina como si fuese también a niveles físicos. Así que el cambio anímico no favorable es estimado como una metamorfosis corporal que representa todo el falso-yo desplazado en otro cuerpo diferente.

Para comprender este procedimiento, veamos primero cierta tendencia extendida de manera colectiva en la vida cotidiana. Lllaman la atención, en efecto, algunas expresiones populares vertidas en el lenguaje mismo, que responden al hecho de que cuando se observa un cambio drástico en el humor y en las actitudes de una persona, se tiende a asimilar figurativa y metamórficamente a ésta con otros seres que generalmente se recepcionan de manera negativa. Y es así como se dice: ésta o tal persona es una bruja, para aludir a su maldad; es un burro, para referirse a una carencia de mayor entendimiento; es una víbora, para denunciar figurativamente lo rastrero, ponzoñoso y venenoso; un sapo, para aludir a un soplón, a un imprudente sin la menor reserva y escrúpulo para contar información acerca de los demás; una arpía, señalando las tendencias de rapiña de determinadas mujeres; una rata, para significar lo ruin de una persona.

Paralelamente, en otros casos, ya no tan usuales en su variedad asociativa, para aludir a comportamientos positivos la comparación se hace con seres en sus mejores connotaciones de excelencia, como cuando

se dice de alguien: es un príncipe, para destacar su nobleza de espíritu, o su gracia, simpatía y encanto, o al hombre ideal soñado por una mujer; en otros casos, con la expresión “tiene mucho ángel” se quieren destacar en una persona las cualidades propias atribuidas a los espíritus angélicos, como la bondad, la belleza o la inocencia.

Estos calificativos hacia tal o cual persona manifiestan ya de por sí una fuerte tendencia no sólo individual, sino también en su amplia difusión colectiva en nuestra vida cotidiana, a metamorfosear bajo una relación muy intensa, con el símil y con la metáfora, a ciertas personas dentro de determinadas inclinaciones o acciones.

Es una tendencia que suele indicar atributos completamente negativos, asociados frecuentemente con los animales, o completamente positivos, relacionados a veces con evocaciones divinas, con los cuales se cataloga un determinado sujeto, en el mejor o peor de los casos, a veces de manera fija. O, en otras ocasiones, puede responder a una percepción asociativa puramente momentánea, adscrita exclusivamente a determinadas circunstancias en que una persona se ha manifestado de mal humor o bajo inclinaciones pasionales muy específicas de cólera, envidia, rencor o demás tendencias negativas. Y funciona receptivamente por parte de las otras personas, como una asociación calificativa bajo descarga ofensiva, o bien, de encomio, mediante expresiones metafóricas de alabanza en el lenguaje.

Hay casos en que este tipo de asociaciones adquieren una mayor complejidad, en su motivación psíquica e interpretativa, por parte de individuos que pueden considerar que los aspectos negativos de sí mismo o de otros son un *falso-yo* identitario, algo ajeno a ellos, e inclusive transfiriéndolo a otro físico completamente distinto, generándose así una representación metamórfica que en realidad parte de la imagen física propia, pero para invertirla; mientras que las características positivas quedan asociadas generalmente con el físico originario del individuo.

Veamos a continuación, con base en ejemplos tanto de la vida real como en elaboraciones literarias, los siguientes aspectos de interés cognoscitivo desde un punto de vista teórico literario bajo interdisciplinariedad, en torno a algunas de las causas psíquicas, funciones y procedimientos con respecto a este tipo de construcción identitaria:

metamorfosis fabuladas y funciones de la identidad escindida en la infancia; metamorfosis y cuestionamientos a la doble identidad en la adultez; identidad disyuntiva y conflicto ante el cambio; y la metáfora en la construcción de la identidad escindida.

Metamorfosis fabuladas y funciones de la identidad escindida en la infancia

La escisión del yo entre *verdadero* y *falso*, como caso sintomático dentro de ciertos trastornos de la identidad, responde a una notoria dificultad de asimilación entre contrarios integrados en una unidad indisoluble, que se manifiesta en ciertos individuos desde la etapa de la infancia. Las niñas y los niños, y en especial unos más que otros, son muy sensibles a las transformaciones o cambios drásticos de humor de los adultos y, más aún, frente a los más cercanos que son justamente sus padres. Así que en algunos casos desarrollan una imaginación bajo el recurso de la metamorfosis, de tipo explicativo ante las contradicciones internas de sí mismo o de otros.

Por ejemplo, el conocido psicólogo infantil Bruno Bettelheim nos refiere el caso verídico de una estudiante quien recuerda que cuando tenía poco menos de cinco años, estando un día en un supermercado, su madre se enfadó de tal manera con ella que, no pudiendo entender que su ser querido pudiera actuar de tal modo, se sintió completamente destruida.

“De regreso a casa, su madre seguía regañándola y diciéndole que no era buena. La niña llegó a la convicción de que aquella persona tan mala sólo tenía la apariencia de su madre y que, aunque pretendiese serlo, en realidad no era más que un Marciano malo, un impostor que se había llevado a su madre y había tomado su aspecto. Desde entonces, la chica imaginó varias veces que este Marciano había tomado el lugar de su madre para torturarla como su madre real nunca hubiera hecho. Esta fantasía duró un par de años hasta que, al cumplir los siete, la chica tomó el valor suficiente como para tender una trampa al Marciano. Cuando éste había suplantado otra vez a su madre, para seguir con la práctica nefasta de torturarla, la niña le preguntó al Marciano sobre algo que había pasado entre ella y su madre real. Ante su sorpresa, el Marciano lo sabía todo, lo que al principio no hizo más que confirmar su astucia. Pero

después de llevar a cabo este experimento dos o tres veces más, la niña empezó a dudar; entonces, le preguntó a su madre sobre cosas que habían sucedido entre ella y el Marciano. Cuando quedó claro que su madre lo sabía todo, la fantasía del Marciano terminó” (Bettelheim, 1984: 95-96).

Se puede detectar aquí el hecho de que la niña escinde a su madre en dos muy diferentes: una madre-verdadera bajo las características de bondad y protección; y otra madre-falsa en las manifestaciones de cambio de humor desfavorable, mal trato y agresividad, que califica como los aspectos malos e intolerables. Este cambio de la madre según las circunstancias es percibido como una metamorfosis que, de orden psicológico o anímico, pasa a ser estimado a un nivel de suplantación física por parte de otro ser con una identidad muy diferente.

La niña busca una explicación a este cambio anímico de índole circunstancial de la madre, y la encuentra desarrollando un imaginario metamórfico que le hace *coherente* este hecho. Y que consiste en interpretar que un Marciano malo tomó el aspecto de su madre; esto es, un ser extraterrestre –y hay que ver cómo se representan este tipo de personajes de manera monstruosa o insólita en los medios de comunicación modernos-, se metamorfoseó bajo la apariencia física de su progenitora y, por lo tanto, ésta es una impostora, una falsa-madre cuando la regaña y recrimina en ciertas oportunidades.

Es de advertir aquí que esta metamorfosis no funciona conscientemente para la niña como un símil –tal como vimos que se utiliza en ciertos casos dentro de los calificativos populares y el lenguaje cotidiano-, sino que constituye una necesidad vital, entrañable, de buscar una explicación que le haga coherente el cambio de humor desfavorable de su madre, y la angustia, el drama interno que ello le representa en sus relaciones interpersonales con el ser a quien tiene dedicados sus más tiernos afectos.

Es claro que la niña no puede asimilar la unidad de su madre bajo contrarios, en el humor, las actitudes y los valores y contravalores que ello implica. Así que la unidad del yo de su madre la escinde en su comprensión en dos personas desde poco antes de los cinco hasta los siete años. Después de esa edad, la niña va tornándose más segura, va madurando en su inteligencia y, ante todo, emocionalmente, en pos de

asimilar una ambivalencia de contrarios calificativos en una misma unidad, y es así como puede finalmente rehacer la doble imagen de la madre en una sola identidad. Lo que implica que su imaginario metamórfico de tipo explicativo en torno a un verdadero y un falso-yo de la madre desaparece y, con él, el Marciano malo.

Estas explicaciones de tipo metamórfico con base en circunstancias de la vida real, se encuentran también implícitas en muchos relatos literarios. Bettelheim deduce de manera asociativa que, del mismo modo que en el caso real anterior, en los cuentos, “la madre, aunque sea protectora la mayor parte del tiempo, puede convertirse en la madrastra cruel si es tan mala como para negarle a su hijo algo que éste desee” (1984: 95).

Surge así la fabulación de dos sujetos completamente escindidos, cuando en realidad responden a uno solo, y que en muchos casos están asociados con la figura de la madre, de aspecto angelical, indicando su benevolencia (su verdadero-yo identitario), y la madrastra de características malévolas y aspecto a veces de bruja o, en el caso del padre, bajo la traza y actitudes monstruosas de ogro (falso-yo).

En este mismo orden de ideas, acerca de un cuento tan famoso como *Caperucita Roja*, se ha interpretado así la sustitución metamórfica que acontece en torno a los rasgos identificativos de la abuela de esta niña:

“La bondadosa abuela sufre una repentina sustitución a manos del lobo voraz que amenaza con destruir a la niña. Es una transformación totalmente inverosímil si la miramos objetivamente, incluso aterradora; podemos pensar que esta transformación es un susto innecesario, contrario a toda realidad posible. Pero si la observamos de la misma manera que el niño la experimenta, ¿es, acaso, más aterradora que la transformación repentina de su propia abuela bondadosa en una figura amenazadora para su sentido del yo, cuando le humilla por haberse ensuciado los pantalones? Para el niño, la abuela ya no es la misma persona que era un momento antes; se ha convertido en un ogro. ¿Cómo puede una persona, que era tan amable, que traía regalos y que era más comprensiva y tolerante que su propia madre, actuar repentinamente de una manera tan radicalmente distinta?

Incapaz de ver una congruencia entre las diferentes manifestaciones, el niño experimenta, realmente, a la abuela como dos entidades separadas: la que lo quiere y la que lo amenaza. Es, en realidad, la abuela y el lobo.

Al hacer esta división, por decirlo de alguna manera, el niño consigue preservar la imagen de la abuela buena. Si ésta se convierte en un lobo –cosa que no deja de ser, ciertamente, aterradora-, el niño no necesita comprometer la idea de bondad de la abuela. En cualquier caso, el cuento mismo le dice que el lobo es solo una manifestación pasajera; la abuela regresará victoriosa” (Bettelheim, 1984: 94-95).

Recordemos que Caperucita se encuentra atónita ante la transformación física de su abuela, inmediatamente llega a su casa. Transformación que de manera inicial posiblemente atribuye a los cambios circunstanciales que produce una enfermedad: la abuelita se encontraba *mala* en su estado de salud –desplazamiento circunstancial del estar *mala*, de lo anímico a lo físico-, y por ello la madre de Caperucita le encomendó que le llevara algunas viandas. No obstante esta inicial interpretación de la razón de los cambios físicos, la profunda admiración y extrañeza ante la metamorfosis de la querida abuelita, se traduce en sus preguntas sobre por qué tiene unas orejas, unos ojos, unas manos y una boca tan grandes. Y en este último aspecto, la respuesta es contundente por parte del lobo-abuelita: “para comerte mejor”.

Tengamos en cuenta, a su vez, que la abuelita ha sido comida, devorada; está subsumida al interior del lobo. Es decir, en términos simbólicos, el interior bondadoso de la abuela, adquiere ahora la exterioridad temeraria y literal del lobo. O bien, la querida abuelita ha tomado un aspecto animalesco malévolo, fiero y agresivo, atribuido al lobo en particular. De tal manera que la imagen que se le presenta a Caperucita de su abuela en su casa, es la de una abuela-lobo.

Estos son casos de sustitución metamórfica –abuela por lobo, madre por Marciano malo, madre por madrastra perversa, padre por ogro feroz-, a través de la concepción estratégica de una *doble identidad metamórfica*, bajo incompatibilidad entre sus contrarios, que surge de la escisión radical de la unidad del yo, y que se da aquí en la percepción de estas niñas hacia familiares íntimamente cercanos.

Esta sustitución metamórfica, a la cual se accede mediante una escisión entre un verdadero y un falso yo, no es un vano artificio meramente improductivo o, para algunos, superfluamente fantasioso, sino que cumple funciones a tener en cuenta, tanto en la vida real como en la

literatura. Se sistematiza aquí cinco relevantes funciones en la interpretación de Bettelheim al respecto, destacando y asociando aquí lo que implica dentro del mecanismo de la imaginación metamórfica, bajo las tensiones entre un verdadero y un falso yo en la percepción de la identidad; estos últimos aspectos no explicitados por el citado teórico.

1. De una parte, la disociación de una persona en dos, la segunda en este énfasis de estudio, el falso-yo planteado bajo una sustitución metamórfica, sirve en el caso de los niños para *“preservar una imagen interna totalmente positiva”* de la madre o del ser querido, cuando en realidad, se podría decir, humanamente no lo es en su totalidad. *“Con este mecanismo se solucionan inmediatamente todas las contradicciones”* (Bettelheim, 1984: 95) a las ambigüedades inadmisibles o no asimiladas.
2. Mecanismo que permite *“descargar la cólera”* ante la madrastra perversa o ante el Marciano malo, la abuela lobo, por ejemplo, interpretados como impostores o falsos-yo, *“sin poner en peligro la parte que de bondad poseen los seres queridos”*, o más próximos, considerados como un verdadero-yo identitario.
3. Igualmente,

“Estas fantasías son muy útiles porque permiten al niño sentirse realmente molesto ante el impostor Marciano o ante el “falso progenitor”, sin albergar sentimiento alguno de culpabilidad. Tales fantasías suelen aparecer cuando los sentimientos de culpabilidad forman ya parte del conjunto de la personalidad del niño, y cuando el estar molesto con uno de los padres o, aún peor, el despreciarlo, le provocaría unos remordimientos insoportables” (Bettelheim, 1984: 97).
4. Este recurso contenido en la infancia de la imaginación humana, y que se encuentra también desplegado en los cuentos literarios pertinentes, le ayuda a la niña o al niño, además, *“a que no se sienta destruido al experimentar a su madre como una persona malvada”*,

o bien con estados de ánimo y reacciones circunstanciales no positivas.

5. Finalmente, transferido al plano de la literatura, este mecanismo es útil finalmente, en cuanto que

“el cuento sugiere la manera en que el niño tiene que manejar los sentimientos contradictorios que, en otras circunstancias, le obsesionarían al nivel en que empieza a ser incapaz de integrar emociones opuestas” (Bettelheim, 1984: 97-98).

Metamorfosis y cuestionamientos a la doble identidad en la adultez

Ahora bien, la capacidad de integrar opuestos como un todo ambivalente y unitario no viene asegurada con la adultez, y es así como las identidades escindidas y las fabulaciones metamórficas, muy ligadas a veces entre sí, se siguen encontrando en múltiples obras de y para adultos, entre las cuales se encuentra un célebre ejemplo al respecto, como lo es *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886), de Robert Louis Stevenson.

En esta breve novela, un médico, el doctor Henry Jekyll, nos confiesa tras agitadas angustias:

“I was born in the year 18... to a large fortune, endowed besides with excellent parts, inclined by nature to industry, fond of the respect of the wise and good among my fellow-men, and thus, as might have been supposed, with every guarantee of an honourable and distinguished future. And indeed the worst of my fault was a certain impatient gaiety of disposition, such as has made the happiness of many, but such as I found it hard to reconcile with my imperious desire to carry my head high, and wear a more than commonly grave countenance before the public. Hence it came about that I concealed my pleasures; and that when I reached years of reflection, and began to look round me and take stock of my progress and position in the world, I stood already committed to a profound duplicity of life. Many a man would have even blazoned such irregularities as I was guilty of; but from the high views that I had set before me, I regarded and hid them with an almost morbid sense of shame. It was thus rather the exacting nature of my aspirations than any

particular degradation in my faults, that made me what I was and, with even a deeper trench than in the majority of men, severed in me those provinces of good and ill which divide and compound man's dual nature. In this case, I was driven to reflect deeply and inveterately on that hard law of life, which lies at the root of religion and is one of the most plentiful springs of distress. Though so profound a double-dealer, I was in no sense a hypocrite; both sides of me were in dead earnest; I was no more myself when I laid aside restraint and plunged in shame, than when I laboured, in the eye of day, at the furtherance of knowledge or the relief of sorrow and suffering. [...] I for my part, from the nature of my life, advanced infallibly in one direction and in one direction only. It was on the moral side, and in my own person, that I learned to recognise the thorough and primitive duality of man; I saw that, of the two natures that contended in the field of my consciousness, even if I could rightly be said to be either, it was only because I was radically both" (Stevenson, 1998: 60).²

² "Nací en el año 18..., heredero de una gran fortuna, dotado, además, de excelentes partes, con natural inclinación al trabajo, apreciado por los sabios y por los buenos entre mis prójimos y, por tanto, como puede suponerse, con todas las garantías de un porvenir honroso y distinguido. Y, a decir verdad, la peor de mis faltas tan sólo consistía en una disposición alegre, ansiosa hacia los placeres, cualidad que ha hecho felices a muchos, pero muy difícil de reconciliar, para mí, con mi imperioso deseo de llevar la cabeza muy erguida y de mostrar ante las gentes un comportamiento más que ordinariamente grave.

Esto dio lugar a que ocultase mis inclinaciones, y cuando llegué a la edad de la reflexión y empecé a darme cuenta de mis progresos y posición en el mundo, estaba ya condenado a una profunda duplicidad en mi vida. Irregularidades como las que yo cometía habrían sido para muchos hasta motivos de vanagloria, pero desde la altura de los ideales que yo me había trazado, las veía y las ocultaba con un sentimiento casi morboso de vergüenza. Era, pues, más lo exigente y rígido de mis aspiraciones —no ninguna extraordinaria degradación de mis faltas— lo que hacía ser tal como era y lo que separó en mí, con una zanja más honda que en la mayoría de los hombres, esas dos regiones del bien y del mal que dividen y componen nuestra doble naturaleza.

Esto mismo me hizo meditar profunda e insistentemente en esa dura ley de la vida que se encuentra en el fondo de toda religión y que es una de las fuentes más copiosas de sus padecimientos. Aunque hombre de dos caras, no era yo, en modo alguno, un hipócrita: mis dos aspectos eran genuinamente sinceros. No era menos cuando dejaba a un lado todo freno y me hundía en la vergüenza, que cuando trabajaba, a la luz del día, en el adelanto de la ciencia o en remediar desdichas y dolores ajenos. [...] Yo, por mi parte, por la propia naturaleza de mi vida, avancé sin vacilar en una dirección y sólo en una; y fue en la esfera de lo moral y en mi propia persona donde me di cuenta de la completa y primitiva dualidad del hombre. Vi que las dos naturalezas contendían en el campo de mi conciencia, y si podía decirse con razón que cualquiera de ellas era la mía, es porque lo eran esencialmente las dos" (Stevenson, 1998: 113-114). Traducción del inglés al castellano de José Torroba para la colección Austral. De aquí en adelante, en los casos en que se cite en su original pasajes de la obra de Stevenson, se utilizará la traducción de Torroba.

Ante esa plena conciencia y encrucijada de su vida, dada por la existencia de dos tendencias o, como lo llama, de dos *naturalezas* contrarias, una que lo inclina hacia el trabajo, la consagración, los sacrificios productivos y, en general, hacer el bien a los demás; y la otra naturaleza, tendiente a los placeres, las voluptuosidades, el ocio, el odio, el egoísmo, la envidia, la agresión hacia los demás y otras pasiones humanas dañinas individual y socialmente, el doctor Jekyll, como científico, acaricia la idea de poder dividir definitivamente en individuos contrarios esas dos naturalezas, que conviven de manera ambivalente pero genuina en un mismo haz individual. De tal modo propone que, separadas estas dos grandes tendencias o naturalezas, el individuo sea o completamente *bueno* o completamente *malo*, de suerte que, como nos dice, cada uno pueda seguir su propio camino, sin perturbar y generar remordimientos, culpabilidades y luchas internas tan angustiosas y tensas.

Así que a través de una droga, con las propiedades científicas de sus ingredientes químicos, su específica combinación, justa medida y ebullición (elemento utensiliario o medial a la metamorfosis, en este caso, bajo la era del positivismo en el siglo XIX), el doctor Jekyll logra en su laboratorio crear la *solución* farmacéutica apropiada para que estas dos naturalezas se independicen y se sustenten corporalmente, a través de dos aspectos físicos muy diferentes a partir de la unidad de sí: el cuerpo originario de Jekyll, de excelente talla, alto, proporcionado y de aspecto agradable, llega a sustentar sus actitudes y tendencias positivas (su verdadero-yo identitario), mientras que sus actitudes y tendencias negativas (falso-yo ante los demás), estarán sustentadas, mediante la solución química que le permite metamorfosearse corporalmente, en otro talla físico si bien más joven, de constitución más pequeña, encorvado, de aspecto desagradable y repulsivo ante los demás, pero que le permite explayar completamente todos sus instintos reprimidos o enmascarados. Esta segunda naturaleza, bajo un aspecto completamente contrario, toma otra identidad, incluso nominativa, adoptando el nombre de Edward Hyde, bajo la metamorfosis a nivel físico, permitida cuando bebe la pócima.

Ahora bien, la peculiar fisonomía bajo la metamorfosis, la interpreta él mismo de la siguiente manera: dado que en sus nueve décimas partes, su vida había sido de esfuerzo, virtud y dominio de sí mismo, el lado malo

había sido mucho menos ejercitado y, por lo tanto, bajo estado metamórfico su cuerpo era más pequeño, delgado y joven. Y,

“Even as good shone upon the countenance of the one, evil was written broadly and plainly on the face of the other. Evil besides (which I must still believe to be the lethal side of man) had left on that body an imprint of deformity and decay. And yet when I looked upon that ugly idol in the glass, I was conscious of no repugnance, rather of a leap of welcome. This, too, was myself. It seemed natural and human. [...] All human beings, as we meet them, are commingled out of good and evil: and Edward Hyde, alone in the ranks of mankind, was pure evil” (Stevenson, 1998: 63-64).³

La nueva droga le permite asumirse de manera totalmente disyuntiva, en un contrario u otro, sin ninguna mezcla o hibridación de sí. Este elemento auxiliar a la metamorfosis, de índole *diairético* o que posibilita precisamente la separación tajante entre opuestos, carece de discernimiento en su acción: la pócima, se dice, no era divina ni diabólica. Simplemente podemos apreciar que se pretende obtener ventajas, que vale la pena confrontar aunque sea brevemente aquí, con los casos infantiles en los que el mecanismo de metamorfosis es utilizado bajo la interpretación de un falso-yo contrapuesto a un verdadero-yo identitario.

De hecho, las ventajas que señalaba Bettelheim en relación a este mecanismo psicológico utilizado en los casos infantiles, se tornan supremamente relativas, vulneradas y finalmente cuestionadas en la adultez, circunscritas como están a funciones muy específicas dentro de las necesidades psíquicas en la etapa de la vida infantil.

Se disciernen así los siguientes aspectos, confrontados en su orden con los de Bettelheim, bajo este mecanismo de las identidades escindidas y las metamorfosis fabuladas, incentivadas por actitudes y comportamientos contrarios en la obra de Stevenson:

³ “Así como la bondad resplandecía en el semblante del uno, la maldad estaba escrita, clara y patente, en la cara del otro. El mal, además –que aún debo creer que sea la parte mortal del hombre–, había dejado en aquel cuerpo una impresión de deformidad y de ruina. Y, sin embargo, cuando contemplé la fealdad de aquella imagen en el espejo, no sentí repugnancia alguna; más bien, lo recibí con un impulso de alegría. Aquel era también mi propio ser. Parecía natural y humano. [...] Todos los seres humanos con quienes tropezamos son un compuesto del bien y del mal y únicamente Edward Hyde, en las filas de la Humanidad, era puro mal” (Stevenson, 1998: 118).

1. Al asumirse una doble identidad bajo la imaginación metamórfica, la preservación de una imagen interna totalmente positiva de los otros o, en este caso, de sí mismo, es lograda sólo de manera inicial, en una ilusión que termina socavándose bajo el efecto de la tensión disyuntiva en torno a las tendencias contrarias del yo, que terminan en constante riña.

La preservación de una imagen propia, en esta ilustración, no solo interna sino también externa totalmente positiva y, por otra parte, polarmente negativa, radicaliza una escisión violenta y desnaturalizada de la unidad de sí, desconcertante en la adultez, que en lugar de permitir como en la infancia una solución -al fin y al cabo, se supone *temporal* en los primeros periodos de la vida- para el tratamiento de los sentimientos y actitudes contrarias, amenaza, en su tendencia de perpetuidad en el estado adulto, la integridad no sólo psicológica sino también física del yo, y dificulta el manejo de sus interrelaciones sociales y su regularización dentro de los parámetros mínimos de la convivencia.

2. Si en la infancia el mecanismo de la concepción de un falso yo identitario fabulado bajo metamorfosis como otro ser diferente, permite “descargar la cólera” ante las figuras familiares, “sin poner en peligro la parte que de bondad” poseen, en el caso del Dr. Jekyll no se trata propiamente de descargar la cólera, sino de descargar los propios instintos y pasiones humanas censurables y reprimidas individual y socialmente, pero donde se pone en duda finalmente ese “evitar poner en peligro la parte que de bondad” posee en este caso el protagonista.

En efecto, la liberación abrupta y desenfrenada de los instintos termina desestabilizando aún esa parte que de bondad posee el Dr. Jekyll, hasta el punto de que ya no puede controlar cuándo aparecer bajo lo que considera como su verdadero yo o su falso yo identitario ante los demás. Hay una pérdida de control de sí bajo estas representaciones, que se traduce precisamente, en la pérdida del control de la fórmula química que permitía deslindar los límites concebidos entre cada parte del yo: algunas veces funciona, otras no; en ciertas oportunidades necesita una

determinada proporción, en otras varía ostensiblemente; y, lo peor, sin necesidad de dicha fórmula, últimamente se acostaba como Jekyll y amanecía como Hyde.

La cuestión que se plantea a estos niveles es cómo controlar la química de cada uno de los grandes grupos confrontados de las tendencias psíquicas del yo. La obra es contundente al respecto en su diálogo en ese momento con la ciencia y la psiquis humana: no existe respuesta científica para ese control y dominio.

En la concepción de Stevenson, ese yo, ya desnaturalizadamente escindido dentro de su fluir o movilidad interna en las oposiciones, corre el riesgo de ser ganado por uno solo de los contrarios, el estimado como *negativo* o de consecuencias nefastas, sin posibilidad de reconversión y control por parte de la conciencia. El individuo en cuestión es ganado por las fuerzas del inconsciente mismo; es absorbido siguiendo aquí la terminología freudiana -que en sus concepciones irrumpe precisamente de manera coetánea desde fines del siglo XIX-, por su *ello* y por el *principio de placer*, a costa, por ende, de toda regularización por parte de un *superyo* y de todo *principio de realidad*.

3. La posibilidad de no albergar sentimientos de culpabilidad mediante el mecanismo de la identidad escindida y de la sustitución metamórfica, ya no ante el desprecio o el potencial odio frente a los padres o seres queridos, sino aquí en el Dr. Jekyll frente a las tendencias, actitudes y actos privativa y socialmente recriminatorios de sí mismo, se presenta en el estado adulto como un desprendimiento de la responsabilidad de éstos, y una desculpabilización que torna inmanejable el control de la convivencia social del individuo, incluso dentro de los parámetros de la administración de la justicia pública.

De hecho, bajo Mister Hyde se le señala socialmente por haber maltratado cruelmente a una niña en la calle, y por haber asesinado con alevosía y ensañamiento a Sir Danvers Carew, un personaje reconocido de la vida pública, miembro del Parlamento, bajo estado de encegueda ira y hostilidad. Así que ante tales circunstancias tan acusadas, Mr. Hyde simplemente se refugia de nuevo bajo la presencia respetable del doctor

Jekyll, evadiendo de tal suerte toda responsabilidad y posibilidad de ser ajusticiado. Dice él mismo:

“I began to profit by the strange immunities of my position. [...] Henry Jekyll stood at times aghast before the acts of Edward Hyde; but the situation was apart from ordinary laws, and insidiously relaxed the grasp of conscience. It was Hyde, after all, and Hyde alone, that was guilty. Jekyll was no worse; he woke again to his good qualities seemingly unimpaired; he would even make haste, where it was possible, to undo the evil done by Hyde. And thus his conscience slumbered. Into the details of the infamy at which I thus connived (for even now I can scarce grant that I committed it) I have no design of entering” (Stevenson, 1998: 65-66).⁴

El recurso metamórfico termina por facilitar aquí la evasión de la sanción y la medida judicial hacia el cuerpo del acusado, y, privativamente, propicia el *adormecimiento de la conciencia*, como el mismo protagonista confiesa, por parte de la entidad que se considera como el *verdadero-yo identitario*, bajo una dicotomía al fin y al cabo falsa e inconsistente, para con lo que debiera ser la evolución de la psiquis en la etapa adulta.

4. Se cuestiona igualmente este mecanismo de la acepción de un verdadero y un falso yo, en este caso ante los demás bajo recurso metamórfico, en pos de “no sentirse destruido” al experimentarse a sí mismo como una persona malvada o con ciertas tendencias hostiles.

La doble identidad se le convierte al protagonista en una dimensión caótica, difícil de controlar en su medida, previsión y equilibrio, hasta que se encuentra acorralado y termina, desesperadamente, suicidándose

⁴ “Empecé a aprovecharme de las extrañas inmunidades de mi posición. [...] Henry Jekyll se quedaba a veces despavorido ante los actos de Edward Hyde, pero la situación estaba fuera de las leyes normales, e insidiosamente aflojaba las estrechas ataduras de la conciencia. Era Hyde, después de todo, el culpable, y nadie más que Hyde. Jekyll no se había hecho peor. Al despertar volvían a él sus buenas cualidades, al parecer incólumes, y hasta se apresuraba, cuando era posible, a remediar el daño que Hyde había hecho. Y así se adormilaba su conciencia. En los detalles de las infamias, a las que así contribuí –pues aun ahora mismo me resisto a admitir que las cometí yo-, no tengo propósito de entrar” (Stevenson, 1998: 120-121).

ante la imposibilidad de una reconversión hacia la representación de sí y ante los demás, bajo el aspecto y las tendencias de lo que considera como su verdadero yo identitario.

De esta manera, si en la infancia el recurso de la *sustitución metamórfica* – Marciano malo por madre, madrastra perversa por madre, lobo por abuela-, le permite al niño, como decía Bettelheim, no sentirse destruido al experimentar de manera negativa a algún ser querido, en el estado adulto la tendencia hacia una escisión de sí mismo mediante un verdadero y un falso yo identitario, amenaza paradójicamente con la autodestrucción total de sí, al no desarrollarse la madurez suficiente dentro de los requerimientos evolutivos de edades más avanzadas, para la asimilación individual y social de las tendencias opuestas en un haz unitario.

5. En el plano literario, con esta obra de Stevenson, mediante el mecanicismo de las identidades escindidas y las metamorfosis fabuladas, ya no se sugiere la idea, como observaba Bettelheim bajo otros referentes, de la manera en que el infante *“tiene que manejar los sentimientos contrarios que, en otras circunstancias, le obsesionarían al nivel en que empieza a ser incapaz de integrar emociones opuestas”* (1984: 97-98).

Es de señalar en primer término al respecto, que este mecanismo dicotómico entre un verdadero y un falso-yo metamórfico, no es consciente en la infancia, pero sí en cambio en el protagonista adulto en la obra de Stevenson, en donde se *busca* la escisión de sí en dos identidades diferentes. Y, más aún, el protagonista sabe que él, doctor Jekyll, es tanto su verdadero-yo como lo es bajo la personalidad de Mr. Hyde. Este último es adoptado como un falso-yo identitario, pero a diferencia de los anteriores casos vistos, predominantemente ante los demás, socialmente. Jekyll sabe al fin y al cabo con respecto a Hyde, que: *“This, too, was myself. It seemed natural and human”* (Stevenson, 1998: 63).⁵

El falso-yo identitario aquí es un hacerse irreconocible ante los demás; funciona como un enmascaramiento consciente; un esconderse bajo otra apariencia para despistar, para desorientar en relación a facetas vergon-

⁵ “Aquél era también mi propio ser. Parecía natural y humano”.

zantes de sí, pero que le permite justamente poderlas desplegar y desatar sin reprimirse.⁶ El falso-yo surge ante todo en esta obra, desde el fondo de una *impostura social* que divide al yo en dos, bajo los preceptos y la marcada presión, no solo de sus aspiraciones individuales, sino también colectivas en cuanto a la moral, la religión y las reglas sociales en general y en particular también a la época.

Ya se han señalado las interrelaciones contextuales de Stevenson y esta obra en particular, con parámetros concernientes a las costumbres rígidamente conservadoras de la Gran Bretaña durante el reinado de Victoria I, comprendido precisamente entre 1837 a 1901.⁷

Dentro de la variada bibliografía en términos generales sobre la época victoriana, observa Judith R. Walkowitz:

“Atravesando esa nostalgia de los firmes valores victorianos y la vida familiar estable, se encuentra la creencia de que los propios victorianos estaban atormentados por angustias y contradicciones, que ellos también poseían ‘secretos terribles’. [...] Gracias a la política feminista sobre la prostitución, mujeres de clase media se sumergieron en la discusión pública sobre el sexo hasta un límite sin precedentes, empleando el acceso a los nuevos espacios públicos y a las nuevas prácticas periodísticas para hablar en contra de la doble vida de los hombres, [...] y su complicidad en un sistema de vicio que florecía en el submundo de la sociedad respetable” (1995: 25 y 29).

De tal manera que el manejo de emociones, o bien, tendencias opuestas en la unidad del yo no es simplemente una dificultad individual, sino también social, concerniente aquí a una época en particular, y que se acentúa bajo criterios moralistas bastante severos en algunas colectividades y dentro del contexto de una determinada nacionalidad.

El mecanismo de un falso-yo que escinde la identidad en dos se presenta en esta obra como un recurso desesperado en el protagonista, el Dr. Jekyll, consonante con las mismas deficiencias o dificultades de

⁶ En relación al apellido Hyde, en esta obra de Stevenson, ya el traductor del inglés al castellano, José Torroba, observa acertadamente, que *Hide* —que se pronuncia en inglés como *Hyde*— significa también en su idioma originario, “esconderse”.

⁷ Respecto a las correlaciones de esta obra de Stevenson con la severidad moral de la sociedad victoriana, véase, por ejemplo, entre otros estudios: Jenni Calder (ed.) (1981), Rosemary Jackson (1981: 116 y ss).

su medio para con la asimilación práctica y más natural o fluida de los opuestos dentro de la unidad de sí, y una manera de sobrellevar el mundo de las apariencias sociales y sus propias represiones del yo individual y colectivo. Apariencias que acentúan y precipitan aún más, precisamente, las disyunciones y, por ende, las tensiones y luchas entre las tendencias internas de diferente naturaleza, las cuales terminan desembocando en una doble moral y, consecuentemente, en una doble vida e identidad. Y ello con todo el peso de los aspectos dolorosos que esto implica para con la abierta y natural manifestación de sí.

Por lo tanto, lo que sanciona implícitamente Stevenson es tener que verse abocado en una determinada sociedad y época, la que experimentó, a este mecanismo de las identidades escindidas y las metamorfosis vívidamente fabuladas, a niveles psíquicos durante la edad adulta, como insostenible bajo tal etapa, y como fenómeno socio histórico a la época. Ese falso yo metamórfico ante los demás, surge aquí de una impostura social, en una colectividad con graves dificultades en la asimilación de los aspectos contrarios de la naturaleza humana como un todo integral, que la aboca a una lógica disyuntiva que tensa y destruye la indisoluble unidad psíquica y social de sí.

De la infancia a la edad adulta, las funciones de las metamorfosis dentro de la particularidad de la escisión entre un verdadero y un falso-yo identitario, se tornan obviamente aún más complejas en esta última etapa, cuestionándose decididamente dicho mecanismo en un determinado contexto socio histórico.

Identidad disyuntiva y conflicto ante el cambio

Ahora bien, fijémonos que en todos los casos aludidos aquí sobre sustituciones metamórficas (madre-Marciano malo, abuelita-lobo, madre buena-madrastra perversa, padre benévolo-ogro feroz, Dr. Jekyll -Mr Hyde), se revela las difíciles y frágiles relaciones que se dan a veces, entre identidad y cambio.

León y Rebeca Grinberg señalan, en términos generales en torno a las relaciones entre identidad y cambio, que

“la capacidad de seguir sintiéndose el mismo en la sucesión de cambios forma la base de la experiencia emocional de la identidad. Implica

mantener la estabilidad a través de circunstancias diversas y de todas las transformaciones y cambios del vivir.

Pero la evolución de cada individuo es una serie ininterrumpida de cambios, pequeños y grandes, a través de cuya elaboración y asimilación se va estableciendo el sentimiento de identidad, ya que la falta de crecimiento y de cambio es equivalente al estancamiento psíquico y a la esterilidad emocional: en otras palabras, a una muerte psíquica.

Sin embargo, existen circunstancias en que el sujeto puede no tolerar los cambios que ocurren en sí mismo o en la realidad. Esto puede hacer que tambalee su sentimiento acerca de la 'identidad' del mundo externo y, concomitantemente, el sentimiento de identidad [...]. Eso lleva entonces a una angustia frente al cambio que determina la necesidad de reasegurarse de que todo permanece igual, de que las estructuras no se modifican, ya que eso implica para ese tipo de individuos una amenaza a su sentimiento de identidad. La tendencia o necesidad de evitar cambios puede alcanzar, en ocasiones, un alto grado de patología" (1980: 13).

Los cambios pueden manifestarse en el orden de alteraciones externas ya sea de índole u origen familiar y doméstico, laboral o social, político, económico, desastres de la naturaleza, guerras, inmigraciones o desplazamientos humanos forzados, que pueden implicar en su devastación y en su replanteamiento a veces de los ejes temporales del presente y del futuro, ya sea individual o colectivo, una desestabilización que pone en crisis el sentimiento de la propia identidad en la realidad misma, pero donde se espera o presupone, aún a su pesar, que el individuo se experimente o experimente a los otros, siendo ellos mismos o, bajo la resonancia del discernimiento de Heidegger (1990: 63 y ss) acerca de la identidad, como siendo "*él mismo consigo mismo lo mismo*."

Claramente, no se trata en los ejemplos aquí expuestos brevemente, de este tipo de cambios que van de lo externo a su recepción interna. Se trata en estos ejemplos traídos a colación puntualmente, de cambios prioritariamente internos de índole tendencial y emocional, que se manifiestan en el comportamiento individual, y de cómo se reciben de manera intolerable por parte de ciertos infantes o de algunos adultos, generando una acentuada perturbación con respecto a la propia conciencia o autopercepción identitaria, o con respecto a la de personas cercanas, esto es, la heteropercepción identitaria.

Perturbación que parece afianzarse bajo la dificultad de experimentar

y admitir que la identidad de sí o la de otros no se caracteriza ni se proyecta de manera fija e inamovible; sino que la identidad, si bien es cierto es el ser reductible a sí mismo, es a su vez fluida y a veces marcadamente contradictoria, más aún a niveles de comportamiento, actitudes y tendencialidades, sujetas a cambios provenientes tanto del exterior como del interior a la misma vida emocional. Lo que entra en confrontación, por lo tanto, es una acepción y una especie de ideal estático y esencialista de la identidad, frente a una experimentación de ésta, en las circunstancias reales o concretas, dinámica, sujeta a procesos y tensiones entre lo que permanece y lo que cambia. La dificultad surge, precisamente, ante esa condición de identidad a veces “proteica” o multiforme.

Esa percepción de inestabilidad caracterizadora que se hace extensible a lo identitario, intolerable para ciertos sujetos, es precisamente la que se trata de estabilizar mediante el artificio de dos sujetos de representación polar o disyuntivamente caracterizados, tanto a niveles valorativos como, en ciertas oportunidades aparejado a ello, también a niveles físicos, donde en realidad solo hay un solo ser, una sola identidad, si bien múltiple y fluida; *una identidad que se caracteriza y se precisa por los opuestos y en su tensión misma.*

Justamente cuando se comprende que la identidad se caracteriza, se precisa y se sortea en las oposiciones y en los cambios, las fabulaciones metamórficas que escinden la identidad en dos, desaparecen, como en el caso de la niña que termina aceptando a su madre dentro de una caracterización múltiple, dinámica y conjuntiva en medio de sus mas flagrantes y dramáticos contrastes; desvaneciéndose así, esa otra identidad de marciano malo, que la desplaza y sustituye en las situaciones receptivamente negativas.

La metáfora en la construcción de la identidad escindida

La percepción identitaria escindida bajo las características señaladas se torna una construcción imaginaria, pero vívidamente experimentada, donde el recurso de la sustitución o del desplazamiento metamórfico posee una íntima familiaridad con la metáfora.

De hecho, la imaginación metamórfica contiene, implícitamente, una metáfora para la construcción de una doble identidad disyuntiva entre contrarios. Para comprender esta observación es necesario destacar varios aspectos esenciales de la metáfora, en asociación con las identidades disociadas y las metamorfosis en el presente contexto:

En primer término, la metáfora está relacionada con la similitud: *semejante a, parecido a, del mismo modo que...*⁸. De tal manera que la imaginación metamórfica en su relación con la metáfora y la similitud plantea, en los casos vistos, un enunciado muy implícito bajo los cambios desfavorables de los personajes: mi abuelita es *semejante* al lobo; mi madre es *del mismo modo que* el Marciano Malo; mi madre es *parecida a* una madrastra ajena y perversa; mi padre es *como* un ogro feroz. Se trata de una similitud establecida, como tal, en el plano de un juicio cualitativo.

De modo que en la base misma de las identidades escindidas bajo este ámbito, surge una similitud metafórica en el orden del juicio cualitativo

⁸ Según Michel le Guern, quien explora, en términos generales, entre otros procedimientos del lenguaje, el de la metáfora: “Parte de los representantes de la retórica tradicional, e incluso una determinada estilística, definen la metáfora como una comparación abreviada o elíptica. [...] Conviene, pues, examinar las relaciones que unen el mecanismo de la metáfora con el de la comparación y medir con precisión las diferencias entre estos dos modos de expresión, a fin de determinar si hay que aceptar o rechazar este postulado. La palabra *comparación*, [...] en la terminología gramatical, reemplaza a dos palabras latinas que corresponden a nociones bien distintas, la *comparatio* y la *similitudo*. Bajo el nombre de *comparatio* se agrupan todos los medios que sirven para expresar las nociones de comparativo de superioridad, de inferioridad y de igualdad. La *comparatio* se caracteriza, pues, por el hecho de que hace intervenir a un elemento de apreciación cuantitativa. Por el contrario, la *similitudo* sirve para expresar un juicio cualitativo, haciendo intervenir en el desarrollo del enunciado a un ser, objeto, acción o estado que eleva a un grado eminente, o al menos notable, la calidad o la característica que interesa resaltar. [...] La mayoría de los instrumentos de comparación se clasifican en dos series diferentes: *más* + adjetivo + *que*, *menos* + adjetivo + *que*, *tan* + adjetivo + *como*, etc., para la *comparatio*; *semejante a*, *parecido a*, *del mismo modo que*, etc., para la *similitudo*. Pero las dos construcciones pueden utilizar también la palabra *como*; la misma estructura formal podrá servir así para expresar relaciones semánticas totalmente diferentes. En la frase “Pedro es tan fuerte como su padre”, *como* es el equivalente de “*tan...como*”, y la significación en la misma que en: “Pedro es tan fuerte como su padre”; la estructura de la *comparatio* establece una relación cuantitativa entre la fuerza de Pedro y la fuerza de su padre. Por el contrario, sería cometer un error de interpretación el comprender la frase: “Pedro es fuerte como un león”, lo mismo que siuviésemos: “Pedro es tan fuerte como un león”. Aquí tenemos una estructura de *similitudo*, puesto que pone de relieve la calidad de la fuerza atribuida a Pedro apelando a la representación del león, al que se siente como un ser que posee en grado eminente esta cualidad. [...] Una vez establecida esta distinción, queda claro que la metáfora tiene relaciones de significación con la similitud y no con la comparación en sentido restringido” (1990: 60-61).

que, sin embargo, en múltiples casos, no se reconoce conscientemente como tal acerca del sujeto sometido a este procedimiento, sino que se procede a la disyunción o creación de dos personajes y, por ende, de dos identidades contrarias en sus atributos.

Se trata, no obstante, al igual que en la metáfora, de la evocación de una imagen asociada que concibe la imaginación y la sensibilidad; y donde opera un pensamiento con base en analogías a través de atributos comunes. Analogías, sin embargo, en el caso de las identidades escindidas y de las metamorfosis fabuladas, no construidas de manera racional –lo que sí puede suceder, a veces, con la construcción lingüística de la metáfora y con casos como el del Dr. Jekyll en la obra de Stevenson-, sino que surgen en múltiples ejemplos, en la más profunda noche del inconsciente individual, por parte de seres que se sienten afectados y desconcertados ante cambios bruscos en las actitudes y comportamientos de sí o de seres cercanos.

Y a través de ese pensamiento a base de analogías, propio también de los procedimientos de la metáfora, se introduce, justamente, imágenes extrañas, ajenas, pero, sin embargo, íntima e insólitamente asociadas en las metamorfosis: Marciano, lobo, ogro⁹... Imágenes solidariamente asociadas, no desde luego a niveles puramente físicos donde precisamente la disociación actúa al máximo, sino en el plano de las valoraciones y de las censuras cualitativas, aunadas a estas insólitas formas corporales o criaturas.

Fijémonos que en el plano de las asociaciones valorativas o de los juicios cualitativos que son los que en muchos casos, en último término, permiten la asociación, éstas son generalmente habituales a las imágenes algo foráneas pero interrelacionadas, al fin y al cabo, a niveles semánticos.

⁹ Se observa, en términos generales, que “la metáfora, a condición de que sea viviente y produzca imagen, aparece inmediatamente como extraña a la isotopía del texto en el que está inserta. [...] Esta intervención de la incompatibilidad semántica es lo que permite explicar el efecto cómico o ridículo producido por algunas metáforas. Así, Voltaire, en el último capítulo de *Micromégas*, hace decir al discípulo de Leibnitz: ‘Mi alma es el espejo del universo y mi cuerpo es el marco del espejo’. [...] La similitud tiene de común con la metáfora el hacer intervenir una representación mental ajena al objeto de la información que motiva el enunciado” (Guern, 1990: 19, 61-62). Lo que motiva en este ejemplo el enunciado es el alma y el cuerpo; y se introduce unas representaciones mentales ajenas o extrañas: espejo-marco, insólitamente correlacionadas con alma y cuerpo, en virtud de la metáfora y las asociaciones connotativas que se desean implicar.

Es así como en los ejemplos del Marciano, el lobo, el ogro, y aún Mr. Hyde como hombre de baja estatura, encorvado y de mirada turbia, las niñas, o, en el último caso, el Dr. Jekyll, extraen las asociaciones y atributos más usuales a estas imágenes o representaciones, de acuerdo al medio y al imaginario no solo individual, sino también social: la maldad, la agresividad, el carácter imprevisible, engañoso y hostil, como atributos negativos que generalmente se condensan o se perciben, en nuestros ejemplos, bajo la concepción de un falso yo identitario, que es el objeto precisamente de esas representaciones extrañas y aparentemente ajenas y arbitrarias.

En la analogía que se establece en la metáfora, de hecho, suele fijarse el “atributo dominante” que se quiere destacar y que, en este caso, incide en la concepción del falso yo y su representación en una imagen ajena y extraña pero asociada, y donde se vierte una concepción sémica jerárquica, en este caso bajo la más baja estimación y, por ende, el más franco rechazo.¹⁰

Entre madre-marciano, abuelita-lobo, padre-ogro, Dr. Jekyll-Mr. Hyde, el individuo afectado por los cambios bruscos en las actitudes y los comportamientos ya sea propios o ajenos, presenta una disociación, cuando en realidad hay una asociación, hay una analogía metafórica en la nueva imagen creada a través del atributo cualitativo predominante a la segunda representación: marciano, lobo, ogro, Mr. Hyde. La identidad escindida, en este contexto, plantea así una disociación, cuando en realidad hay una asociación, hay una analogía de tipo metafórico en los procedimientos

¹⁰ “Cuando Víctor Hugo pone en boca de Doña Sol el famoso verso: ‘*Sois mi león soberbio y generoso*’, [...] deformaríamos su sentido si hiciésemos intervenir todos los elementos que constituyen el concepto de león: ‘Mamífero carnívoro, de pelaje característico, de andar suave y majestuoso. Temible por su fuerza y su valor. Vive en el África Central, en la maleza y en los bosques, cazando herbívoros’. [...] No sólo estos elementos son inútiles; se puede afirmar que hacerlos intervenir haría la comunicación más pesada hasta el punto de que ésta sería difícil de interpretar. [...] Es, pues, necesario emplear la noción de atributo dominante: este atributo dominante es el rasgo de similitud que sirve de fundamento al establecimiento de la relación metafórica. En la metáfora del ‘león’ aplicada a Hernani, el atributo dominante es el valor. La selección sémica operada por el mecanismo metafórico supone, pues, una organización jerárquica de los elementos de significación. [...] La metáfora, al mismo tiempo que recurre a este mecanismo de la imagen asociada, le quita esta libertad y este carácter aparentemente arbitrario. Impone [...] una imagen asociada que corresponde a la que se formó en el espíritu del autor en el momento en que formulaba dicho enunciado. [...] Como la metáfora, la similitud expresa una analogía poniendo de relieve un atributo dominante” (Guern, 1990: 46-48, 66-67).

mentales inconscientes o, en ciertos casos como el de la obra referida de Stevenson, consciente en gran parte del procedimiento como tal.

De esta manera, en este tipo de identidades escindidas y metamorfosis fabuladas, opera, al igual que en la metáfora, como procedimiento implícito en gran parte de base a su presentación, un nivel de conciencia diferente donde deja de intervenir la censura lógica convencional, donde hay otro tipo de coherencia. Y, como dice Gurn en torno a la metáfora en términos generales, donde *“la lógica que la establece no se sitúa en el nivel de la inteligencia obvia, sino que es el fruto de una actividad oculta del espíritu”* (1990: 53).

Esa identidad escindida, presentada explícitamente a través de desplazamientos metamórficos y de procedimientos metafóricos implícitos, expresa un sentimiento por medio de la imagen extraña pero asociada, que corresponde a la reacción emotiva y valorativa ante los cambios en las actitudes y comportamientos que resultan desconcertantes en su mismo contraste.

De por sí, la metáfora

“es uno de los medios más eficaces para transmitir una emoción. Casi todas las metáforas expresan un juicio de valor porque la imagen asociada que introducen provoca una reacción afectiva. El hecho de que esta imagen quede al margen del plano de la comunicación lógica impide a la censura lógica neutralizar el movimiento afectivo que la acompaña. La metáfora tiene casi siempre por función expresar un sentimiento que intenta ser compartido: es aquí en donde debe verse la más importante de sus motivaciones” (Gurn, 1990: 86).

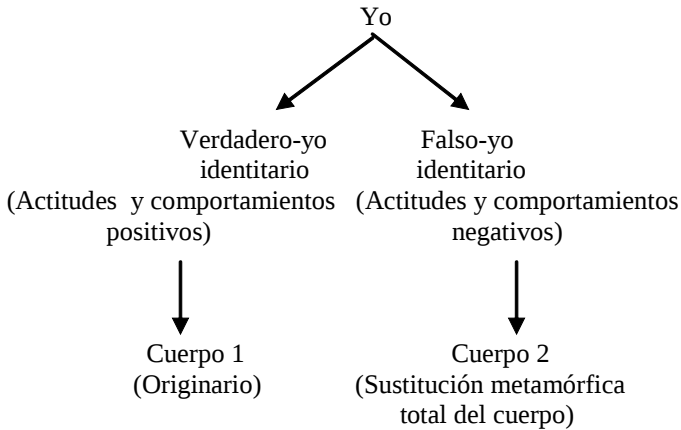
Ese sentimiento que intenta ser compartido en el procedimiento de la representación extraña o ajena a la autopercepción identitaria, o a la heteropercepción de la identidad de seres cercanos, es el del rechazo a sus cambios bruscos y desfavorables en las actitudes y comportamientos, donde se revela la manera de verse afectado y desconcertado por éstos, hasta el punto de entrar en crisis el sentimiento de la identidad propia o ajena. Y la metáfora implícita en el procedimiento de la escisión identitaria contiene ese movimiento afectivo que justamente la anima en la insólita sustitución metamórfica de orden ya dicotómica.

Las identidades escindidas y las metamorfosis fabuladas bajo la motivación de los cambios bruscos de actitudes y de comportamiento suelen proceder de este modo, implícitamente, a través de ciertos mecanismos psíquicos sujetos al procedimiento de la metáfora, como son la introducción de imágenes extrañas a la identidad, la analogía en atributos comunes, juicios valorativos, expresión de una determinada emoción a través de la reacción, y una lógica diferente. Y esa metáfora, que suele actuar en este contexto en el nivel inconsciente, pero bajo una forma disyuntiva, se plantea en la acepción metamórfica de un falso yo identitario, frente a otro opuesto que se considera como verdadero.

Esta variable dentro de las concepciones de una identidad escindida y unas metamorfosis fabuladas a partir de actitudes y comportamientos contrarios cumple así diversas funciones, vistas aquí a través de determinados ejemplos –tanto reales, en un caso, como en obras de ficción–, que representan dos grandes etapas: infancia y adultez, y bajo ciertos procedimientos caracterizadores.

Variable en particular, al menos en la expresión literaria, que constituye toda una corriente localizada eminentemente en los cuentos de hadas y en ciertas manifestaciones posteriores en el género fantástico, en donde se suelen entrever planteamientos altamente simbólicos en la construcción identitaria de ciertos personajes, sus trastornos y sus crisis, en las cuales median funciones y recursos expresivos imaginarios experimentados psíquicamente en la vívida condición humana.

En términos teórico literarios, bajo comprensión interdisciplinaria con el mundo psíquico se puede esquematizar globalmente esta variable dentro de la construcción de la identidad bajo el recurso fabulado de las metamorfosis y del doble, a través del siguiente cuadro:



Bibliografía

- Bettelheim, Bruno (1984). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. (Trad. Silvia Furió). Barcelona: Grijalbo.
- Calder, Jenni (ed.) (1981). *Stevenson and Victorian Scotland*. Edinburgh.
- Guern, Michel Le. (1990). *La metáfora y la metonimia*. (Trad. Augusto de Galvéz-Cañero y Pidal). Madrid: Cátedra.
- Grinberg, León y Grinberg, Rebeca. (1980). *Identidad y cambio*. Buenos Aires: Paidós.
- Heidegger, Martín. (1990). *Identidad y diferencia*. (Trad. Helena Cortés y Arturo Leyte. Edición bilingüe alemán castellano). Barcelona: Anthropos.
- Jackson, Rosemary. (1981). *Fantasy. The literature of subversion*. Edinburgh.
- Stevenson, Robert Louis. *The strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde and Weir of Hermiston*. (1998). Oxford: Oxford University Press.
- _____ (1998). *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde / Olalla*. (Trad. José Torroba y Alfonso Reyes). Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral.
- Walkowitz, Judith. (1995). *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones de peligro sexual en el Londres victoriano*. (Trad. Ma. Luisa Rodríguez Tapia). Madrid: Cátedra y Universitat de València-Instituto de la Mujer.

Ma. Antonieta Gómez Goyeneche

Ma. Antonieta Gómez Goyeneche

Doctora en Teoría Literaria y de las Artes y Literatura Comparada de la Universidad de Granada-España. Doctorado y Maestría en Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá. Profesora Titular de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle, y actualmente Directora de la Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana. Otros artículos en la revista *Poligramas*, en los números 10, 11, 13, 20, 21, 24 y 26. E-mail: mariagom@univalle.edu.co

Recibido: Octubre 2007

Aprobado: Noviembre de 2007